



Lev Semiónovich Vygotski
1896 -1934), psicólogo
de Bielorusia, teórico
destacado. Hizo importantes
aportes en el campo
del desarrollo del lenguaje
y el pensamiento.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA SOCIABILIDAD HUMANA

El lenguaje y el pensamiento como mediación

LUIZ FERNANDO DA SILVA

DOCENTE EN SOCIOLOGÍA DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HUMANAS. FAAC -
UNESP- BAURU, BRASIL. MILITANTE DEL PSTU.

SUELI TEREZINHA FERREIRA MARTINS

DOCENTE DEL PROGRAMA DE POSGRADO EN EDUCACIÓN PARA CIENCIAS, UNESP -
BAURU, Y DEL DEPARTAMENTO DE NEUROLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, UNESP-BOTUCATU,
BRASIL.

Introducción

El materialismo histórico entiende que hay unidad entre lengua y pensamiento. Estos fenómenos se constituyen en las relaciones sociales, ya que el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad de intercambio entre los hombres. Por lo tanto, la lengua, de la misma manera que la conciencia, es un fenómeno social, sobre la base de las relaciones y actividades reales producidos por los individuos, “serán antes los hombres que, desarrollando su producción material y sus relaciones materiales, transforman, como esta realidad que les es propia, su pensamiento y los productos de ese pensamiento” (*Marx y Engels*, 1980, pág.26).

El pensamiento (abstracto y general) sólo es posible porque se desarrolla utilizando formas lingüísticas (los signos). La realidad retratada en los ojos y el pensamiento no es consecuencia directa de los objetos y las relaciones sociales, porque es necesaria la mediación del material lingüístico con su contenido, los significados sociales. Por lo tanto, sin la palabra, los elementos de pensamiento más sensible no tendrían la posibilidad de ser fijados en la conciencia. La palabra da la objetividad, porque es la condición esencial del pensamiento en relación con la realidad social.

La conciencia individual no es simplemente el desarrollo del pensamiento. Ella se caracteriza “por la presencia de una relación interna, la relación entre sentido subjetivo y significado [...] forma a través de la cual el hombre toma la experiencia humana generalizada y reflejada” (Leontiev, 1978, pág. 94). Así pues, esta realidad es refractada a través de los significados y los conceptos. Además de la importancia y significado, también se caracteriza por el contenido sensible que proporciona el material básico, es decir, un conjunto de sensaciones, imágenes, percepciones y representaciones. Por eso, afirma Vygotski: “*el pensamiento y el lenguaje son la clave para la comprensión de la naturaleza de la conciencia humana*” (2001, pág. 485).

En su génesis, el pensamiento y el lenguaje son inicialmente determinados por la necesidad imperiosa de la producción y reproducción de la existencia humana, solamente posible por medio del trabajo social (productivo). El paso del homínido al trabajo desarrolla la necesidad de relaciones orientadas para organizar la actividad colectiva. El trabajo provoca la aparición del lenguaje como medio de realización del pensamiento, al mismo tiempo que un mediador de las relaciones sociales a través de la comunicación. A su vez, en la comunicación, la descripción del objeto o fenómeno social sólo es posible a través de la asimilación del contenido abstracto transmitido por las palabras. Por lo tanto, un contenido sensible puede ser enunciado con la ayuda de la lengua por intermedio del contenido abstracto del pensamiento.

A partir de esa relación de trabajo, lenguaje y pensamiento, se desarrolla orgánicamente un sistema de relaciones simbólicas, enteramente distinto en comparación con otras especies animales: por un lado, mediado por las *herramientas* y, por otro, por medio de los *signos*. Como señala (1995), las herramientas y los signos son los mediadores centrales en las actividades y relaciones sociales. La herramienta está dirigida para la actividad humana exterior sobre los objetos y la naturaleza. El signo, a su vez, es el medio para influir en la conducta del hombre, es un medio orientador de su actividad interior, dirigida a dominar al propio ser humano.

El lenguaje no es simplemente un medio por el cual comunicamos nuestras ideas y experiencias. Él es fundamental en el propio proceso de articulación del pensamiento. Implica categorizar y nombrar objetos y sensaciones del mundo exterior e interior, y hacer asociaciones entre símbolos mentales. De hecho, es imposible concebir el pensamiento en

ausencia del lenguaje. La fuente de la creatividad humana se encuentra en la capacidad de constituir y articular los signos, y esto sólo es posible con el lenguaje. No obstante, es importante considerar que los signos son de índole social, es decir, no tienen como punto de constitución inicial el individuo, sino la estructura de las relaciones sociales. Bakhtin dice:

Los signos sólo pueden aparecer en un terreno interindividual. Sin embargo, es un terreno que no puede ser llamado "natural" en el sentido habitual de la palabra: no basta colocar cara a cara dos homo sapiens cualesquiera para que los signos se constituyan. Es fundamental que estos dos individuos estén socialmente organizados y que formen un grupo (unidad social): sólo así un sistema de signos puede constituirse. (Bakhtin, 1995, p. 35).

El carácter social del signo, en sociedades socialmente estratificadas, implica que su desarrollo está permeado por contradicciones, conflictos y antagonismos derivados de intereses de clases sociales distintas. Las relaciones, procesos y fenómenos sociales entreteljidos en estructuras de clase, por lo tanto, nos permiten considerar que la cuestión ideológica impregna la relación de lenguaje y pensamiento. Por esa razón, así como Bakhtin, consideramos el carácter ideológico del signo. Las relaciones de poder y dominación están presentes en el proceso de comunicación, como también en el proceso social de constitución del individuo (socialización y aprendizaje) como integrante en la producción y reproducción del Orden Social.

La base material e histórica para la formación del lenguaje y el pensamiento

La relación entre pensamiento y lenguaje, como también su formación (génesis) y desarrollo, se produce en el proceso social, teniendo como mediación el trabajo, como integrante en la producción y reproducción del Orden Social. Para Marx (1980), los hombres se diferencian de las demás especies por todo lo que se quiera – por la conciencia y la religión, por ejemplo –, pero empiezan a distinguirse de otros animales en el momento en que empiezan a producir sus propios medios de existencia (herramientas), impulsados por la necesidad vital de la *reproducción social*. Al producir sus medios de existencia, los hombres también producen sus propias relaciones sociales, y establecen un nuevo nivel de interacción/apropiación, apropiación del entorno ecológico.

En primer lugar, el trabajo es un proceso del que participan los hombres y la naturaleza en que el ser humano con su propia acción, promueve, regula y controla su intercambio material con la naturaleza. Se enfrenta con la naturaleza como una de sus fuerzas. Pone en marcha las fuerzas naturales de su cuerpo, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apropiarse de los recursos de la naturaleza, dándoles forma útil para la vida humana. Actuando así sobre la naturaleza externa y modificándola, al mismo tiempo modifica su propia naturaleza. Desarrolla las potencialidades en ella adormecidas y somete a su dominio el juego de las fuerzas naturales. No se trata aquí de

las formas instintivas, animales, de trabajo. Cuando el trabajador llega al mercado para vender su fuerza de trabajo, es inmensa la distancia histórica que media entre su condición y la del hombre primitivo con su fuerza todavía instintiva de trabajo. (Marx, 1980, p.202)

La relación entre el hombre y la naturaleza pone “en movimiento las fuerzas naturales de su cuerpo”, con el fin de apropiarse de los recursos naturales imprimiéndoles una función útil a la vida humana. Esto permite la producción de los medios de existencia y el desarrollo de las fuerzas productivas (trabajo humano y medios de producción) y de las relaciones sociales de producción (formas de organización colectiva de trabajo y régimen de propiedad y de distribución). El hombre actuando sobre la “naturaleza externa” y “modificándola”, al mismo tiempo modifica la propia naturaleza humana. O sea, constituye y acumula experiencias por medio de errores y aciertos (de acuerdo con necesidades y objetivos), desarrolla un universo simbólico sobre esa relación, y perfecciona las formas de la actividad colectiva. Desarrolla históricamente la existencia humana. Marx entiende, de esta manera, la distancia histórica entre el trabajador moderno y el “hombre primitivo con su todavía instintiva fuerza de trabajo”.

Como resultado del proceso de trabajo es invertida la relación natural de causa y efecto. El efecto se torna previsto, anticipado y transformado en propósito, a medida que se descubren las leyes que determinan los fenómenos de la naturaleza; como característica específicamente humana desarrollándose como finalidad, causa final. La acción determinada por un propósito, lo que significa inteligencia o conciencia, ciertamente fue un proceso largo y difícil. La especie humana comenzó a destacarse al realizar alguna cosa diferente de las otras especies, Se trata de la experiencia acumulada (memoria) de que la naturaleza puede ser utilizada como medio para lograr un propósito humano. En ese sentido, el pensamiento como proceso de intención y propósito, solamente se realiza a partir del momento en que el instrumento de trabajo incorpora una función en si. En otras palabras, en el instrumento está impreso un significado social, su finalidad y la manera de utilizarlo. En uno de sus hermosos pasajes, Ernest Fischer presenta la siguiente observación:

La experimentación espontánea - el “pensar con las manos” - que precede a todo pensamiento como tal, empieza a ser sustituida gradualmente por la reflexión con un propósito. Esta inversión en el proceso cerebral es aquello que llamamos trabajo, ser consciente, hacer consciente, anticipación de resultados por la actividad cerebral. El pensamiento es sólo una forma abreviada de experimentación que se transfiere de las manos al cerebro, de modo que los resultados de experimentos anteriores dejan de ser “memoria” y pasan a ser “experiencia” (Fischer, 1979, p. 27).

Así pues, el cerebro no refleja más las cosas de manera literal; la experiencia adquirida en el trabajo podría reflejar leyes naturales y servirse de ellas para calcular relaciones causales. La especie humana no esperaba

más para ver lo que la naturaleza le ofrecía; la forzaba cada vez más a darle lo que necesitaba. La función del instrumento iba sustituyendo su semejanza original con un objeto encontrado en la naturaleza. Como resultado de la evolución de la eficiencia, el propósito (finalidad) del instrumento —anticipación intelectual de lo que puede hacer— se vuelve cada vez más importante.

Esta transformación de la naturaleza de la actividad humana sólo se puede realizar cuando el trabajo ha llegado a una etapa relativamente desarrollada. Como Marx señala:

Presuponemos el trabajo bajo una forma exclusivamente humana. Una araña realiza operaciones similares a las del tejedor; y la abeja supera a más de un arquitecto al construir su colmena. *Pero lo que distingue al peor arquitecto de la mejor abeja es que él modela en la mente su construcción antes de convertirla en realidad. El no sólo transforma el material sobre el cual trabaja; el le imprime al material el proyecto que tenía conscientemente en la mira, lo cual constituye la ley determinante de su modo de trabajar y a lo cual tiene que subordinar su voluntad.* Y esa subordinación no es un acto fortuito. Además del esfuerzo de los órganos que trabajan, es necesaria la voluntad adecuada que se manifiesta a través de la atención durante todo el curso del trabajo. Y esto es tanto más necesario cuanto menos se sienta el trabajador atraído por el contenido y por el método de ejecución de su tarea, que le ofrece por eso menos posibilidad de disfrutar de la aplicación de sus propias fuerzas físicas y espirituales. (Marx, 1980, p.202 cursivas nuestras)

La intencionalidad, el propósito, el proyecto teleológico se convierte en factor determinante en el trabajo. Eso significa un conocimiento cada vez más eficaz y exacto, debido a la experiencia acumulada sobre los tres componentes fundamentales en el proceso de trabajo: la actividad adecuada a un fin (trabajo), la materia a que se aplica (objeto) y el instrumento (herramienta).

El desarrollo del trabajo exigía un sistema de nuevos medios de expresión y comunicación que sobrepasaban enteramente los pocos signos del mundo animal. Sólo en el trabajo y mediante el trabajo es que los seres humanos llegaron a tener mucho que decir a los demás. El lenguaje, por lo tanto, surgió con una doble naturaleza: como medio de comunicación y medio de expresión (y comprensión), como imagen de la realidad y signo para ella. Fischer dice: “Sin el trabajo - sin la experiencia de la utilización de instrumentos - el hombre nunca podría haber desarrollado el lenguaje como imitación de la naturaleza y como un sistema de signos que representan actividades y objetos, es decir, como abstracción. El hombre creó palabras articuladas y diferenciadas no sólo porque es capaz de experimentar dolores, alegrías y sorpresas, sino por ser capaz de trabajar, por ser una criatura que trabajaba”. (Fischer, 1979, p. 36).

El sistema de signos para representar los objetos, actividades y relaciones sociales se forma a partir de la similitud (comparación y la imitación), cuando el homínido comenzó a dar un nombre único a grupos enteros de objetos conexos. Tales abstracciones expresan esa conexión o relación real. En ese sentido, el cerebro ya no refleja más cada objeto por separado, o cada fenómeno social o natural aislado, ya que el signo posibilitó la generalización. De esta manera, el proceso de abstracción presente en el lenguaje humano posibilitó una comunicación más libre y más eficiente con respecto al mundo exterior, que el hombre comparte con los demás.

En sus estudios en la década de 1930, Leontiev (1978) observa las líneas generales de la evolución de los homínidos, sobre todo en lo que respecta a las determinaciones biológicas y leyes socio-históricas. En el largo período de evolución biológica de los homínidos, sus representantes (australopithecus) ya llevaban vida gregaria, conocían la postura vertical y se servían de instrumentos rudimentarios, no trabajados. En esta etapa poseían medios primitivos de comunicación. La determinación fue esencialmente biológica. En el período posterior, ya existe el registro de fabricación de instrumentos y formas embrionarias de trabajo y organización social. Hay cambios anatómicos que se transmiten hereditariamente de generación en generación. Aun habría una tercera etapa, en la cual ocurre un cambio central entre el aspecto biológico y el social, que altera definitivamente la naturaleza del homínido. Es el período de aparición del homo sapiens, cuando la evolución humana cuando se libera de su dependencia biológica. Desde entonces, sólo las leyes socio-históricas son las que rigen la evolución humana. Dice el autor:

Comenzaban a producirse, bajo la influencia del desarrollo del trabajo y de la comunicación mediante el lenguaje que ella provocaba, modificaciones de la constitución anatómica del hombre, de su cerebro, de sus órganos de los sentidos, de sus manos y de los órganos del lenguaje; en resumen, su desarrollo biológico se volvía dependiente del desarrollo de la producción. Pero la producción es desde el inicio un proceso social que se desarrolla de acuerdo con sus propias leyes objetivas, leyes socio-históricas. (...).

Así se desarrollaba el hombre, convertido en sujeto del proceso social de trabajo, bajo la acción de dos tipos de leyes: en primer lugar, las leyes biológicas, en virtud de las cuales sus órganos se adaptarán a las condiciones y necesidades de la producción; en segundo lugar, las leyes socio-históricas que regían el desarrollo de la propia producción y los fenómenos que ella engendra. (Leontiev, 1978, p. 262-3).

El lenguaje, el signo y las clases sociales

Para Vygotski (1993) la *comunicación* y la *generalización* son funciones básicas del lenguaje. La función inicial del lenguaje es la comunicativa; en primer lugar un *medio de comunicación social*. El lenguaje combina la función de la comunicación y la función del pensamiento. Una comu

complejas y superiores para otras más elementales, proporcionando estructuras para el desarrollo ascendente de estos, facilitando la toma de conciencia y el uso deliberado de los conceptos.

No es simplemente un conjunto de vínculos asociativos que se asimila con la ayuda de la memoria. No es un hábito mental automático, sino un auténtico y complejo acto de pensamiento. Como tal, no puede dominarse con ayuda del simple aprendizaje, sino que exige inevitablemente que el pensamiento del niño se eleve en su desarrollo interno a un mayor grado para que el concepto puede aparecer en la conciencia. La investigación nos enseña que en cualquier nivel de desarrollo es el concepto, desde el punto de vista psicológico, un acto de generalización. [...] La palabra es, al principio, una generalización del tipo más elemental, y únicamente a medida que se desarrolla el niño pasa de la generalización elemental a formas cada vez más elevadas de generalización, culminando con el proceso de formación de auténticos y verdaderos conceptos” (Vygotski, 1993, p. 184-5).

El proceso de desarrollo de los conceptos o los significados de las palabras requiere el desarrollo de una serie de funciones (atención voluntaria, memoria lógica, abstracción, comparación y diferenciación), de modo que procesos síquicos tan complejos no pueden ser aprendidos y asimilados de modo simple o directo.

En cuanto universo de signos sociales, como verificamos, el lenguaje no se limita a instrumento de comunicación, él también es fundamental para la articulación del pensamiento. Su génesis y desarrollo conserva una naturaleza eminentemente social. Como sistema de signos, el lenguaje a su vez determina la conciencia y la actividad. A la vez, el signo siendo social se encuentra marcado ideológicamente; es un lugar privilegiado de expresión de la ideología.

El lenguaje es lugar de conflicto y antagonismo, porque no existe fuera de la sociedad, una vez que los procesos que lo constituyen son históricos, sociales y hegemonizados por una *ideología dominante*. El lenguaje, como creemos, influye en la orientación de la conducta humana, para la preservación de lo que está dado o para su transformación. Así pues, podemos afirmar que se constituye como fuerza material sobre los individuos, grupos y clases sociales.

El signo no sólo refleja, sino que es también un fragmento material de la realidad, pues mantiene una dimensión material - sonido, masa física, color, movimiento corporal, etc. Por lo tanto, podríamos decir que la realidad del signo es objetiva, es un fenómeno del mundo exterior; el signo y sus efectos - las acciones y nuevos signos generados en el medio social - aparecen en la experiencia exterior. La realidad social, reflejada en el signo, no sólo refleja sino que también se refracta. ¿Qué determina esta refracción del ser social en el signo ideológico? El choque de intereses sociales dentro de los límites de una sola y misma comunidad semiótica, o sea, la lucha de clases. Bakhtin deja muy clara la distinción

entre la clase social y la comunidad semiótica. Ellas no se confunden. Las clases se sirven de un mismo código de comunicación, “de una sola y misma lengua” (comunidad semiótica), de manera que en todo signo se confrontan índices de valor contradictorios.

El lenguaje es conciencia práctica y, como tal, está saturado por toda la actividad social, especialmente por la actividad productiva y la lucha de clases. El lenguaje emerge en articulación de esa experiencia activa y en transformación; una presencia social y dinámica en el mundo. Bakhtin trabajó con la premisa de la conciencia social, debería ser entendida en un proceso dialéctico, una vez que ella, en términos prácticos, opera en la transformación de los seres humanos. La conciencia no se deriva directamente de la realidad, no es su simple reflejo.

Como signo ideológico por excelencia, la palabra retrata las diferentes formas sociales de significar la realidad, de acuerdo con las voces y las opiniones de aquellos que la emplean. El carácter histórico y social de la palabra, como un campo de expresión de las relaciones y las luchas sociales, que, al mismo tiempo, sufre los efectos de la lucha y sirve de instrumento y de material para su comunicación. La palabra, en cuanto sus propiedades también se encuentra presente en todos los actos de entendimiento y en todos los actos de interpretación. Por lo tanto, incide directamente en el proceso de conciencia: “se torna parte de la unidad de la conciencia, constituida verbalmente”. Por eso, la palabra, según el autor, se sitúa como “el primer medio de la conciencia individual”.

En verdad la conciencia no puede desarrollarse a menos que haya un material flexible, transportable por el cuerpo. Y la palabra es exactamente este tipo de material. La palabra es, por así decirlo, utilizable como signo interior, puede funcionar como signo sin expresión externa. Por eso, el problema de la conciencia individual como problema de la palabra interior, en general constituye uno de los problemas fundamentales de la filosofía del lenguaje (Bakhtin, 1995, p.37).

Consideraciones finales

Los grupos y clases sociales tienen su repertorio y formas de discurso, considerando incluso, como lo hicimos antes, que las clases sociales se sirven de un mismo idioma (“comunidad semiótica”). Estas clases están determinadas por las relaciones sociales de producción y la estructura socio-política, por lo que “la palabra es la arena donde se enfrentan los valores sociales contradictorios.” En períodos de relativa “normalidad” de la economía capitalista, la ideología dominante se reproduce y se subjetiva en sectores de las clases dominadas de manera más intensa. Así mismo es necesario considerar que franjas del proletariado no son permeables a la moral burguesa; son los crecientes sectores que podríamos considerar como “lumpen”, la más clara expresión de la barbarie capitalista. En cualquier caso, en sectores importantes de asalariados, en períodos de “normalidad” precaria, se reproducen las “orientaciones

ideológicas” del Orden Social. El papel de las sectas religiosas, la integración social a través del consumo y la industria cultural, junto con la acción acomodaticia de los aparatos sindicales y partidarios reformistas (o contra-revolucionarios), por ejemplo, son dispositivos ideológicos que se muestran relativamente eficaces en los períodos de “normalidad”. Sin embargo, los conflictos y la lucha de clases continúan a presentándose en distintos niveles de la vida social.

Pero debemos preguntarnos cómo se expresan estas contradicciones en el lenguaje en los períodos que siguen a la “normalidad” capitalista. ¿Qué sucede con los sistemas ideológicos (presentes en los signos y en el lenguaje), con las crisis estructurales en el capitalismo?

Las profundas (e inherentes) contradicciones entre las *fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción*, en determinados períodos, se manifiestan plenamente en forma de crisis económicas profundas. Aquellas relaciones se presentan como barreras estructurales para las condiciones de existencia de los trabajadores y la mayoría de la población. En estos períodos, se intensifican y se expresan también *crisis en el sistema de signos y el lenguaje*. Es el momento histórico en que se pueden abrir *crisis ideológicas profundas* en lo que respecta a los valores y la moral del Orden Social de la burguesía. Época en que se extiende y se profundiza tal crisis en las instituciones del Orden en sus dimensiones morales, jurídicas, políticas, religiosas, filosóficas y artísticas. Épocas en las cuales hay que parir las fuerzas sociales y políticas revolucionarias y, de las entrañas del sistema podrido, dar vida a la nueva sociedad.

Referencias bibliográficas

BAKHTIN, Mikhail (1995). *Marxismo e filosofia da linguagem*. Problemas fundamentais do método sociológico na ciência da linguagem. 7ed. São Paulo: Hucitec.

FISCHER, E. (1979). *A necessidade da arte*. Rio de Janeiro: Zahar Editores.

LEONTIEV, Alexis (1978). O homem e a cultura. In: _____. *O desenvolvimento do psiquismo*. Lisboa: Horizonte Universitário, p259-284.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. (1980). *A ideologia Alemã*. Tradução de Conceição Jardim e Eduardo Lúcio Nogueira. 4ª ed., Lisboa/São Paulo: Presença/Martins Fontes.

MARX, K. (1981). O processo de produção do capital. In: _____. *O capital*. (Crítica da economia política). Trad. Reginaldo Sant’Anna. 5ed., Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1980. Livro Terceiro, Vol. I.

VYGOTSKI, L.S. (1995) *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. In: _____. *Problemas del desarrollo de la psique*. Tradução Lydia Kuper. Madrid: Visor Dist., 1995. p.09-340. (Obras escogidas, III).

VYGOTSKI, L.S. (1993) *Pensamiento y lenguaje*. Tradução de José Maria Bravo. Madrid: Visor Dist. (Obras escogidas, II).